

Pero no nos contentemos con esta presuncion, que por convincente que sea, no contentará en manera alguna á nuestros antagonistas. Desmenucemos el espiritismo y estudiémosle en cada uno de sus principales elementos.

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

Certeza del principio en que descansa el *espiritismo*.—Se extravía al determinar que la *potencia inteligente*, causa de los fenómenos, son las almas de los difuntos.—Absurdos y errores que supone aquella teoría.—Uno de los principales es que el hombre, al venir al mundo, viene sin fin.—Realmente niega al hombre, y negando al hombre niega á Dios.

El espiritismo, que descansa sobre el principio cierto ó axioma incontestable de que *un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente*, se extravía lastimosamente al determinar cuál sea esa *potencia* y al sostener que no puede ser otra que las almas de los difuntos.

Para sacar avante error tan trascendental, se ve en el caso de meterse en el intrincado laberinto de otros mil errores, y en el caos de un núme-

ro igual, cuando ménos, de absurdos que se tocan por todo aquel que tiene la fortuna de conservar un destello de razon.

No es nuestro ánimo examinar uno á uno todos aquellos errores, ni desanemascarar todos estos absurdos. Seria tarea demasiado larga. Entendemos que para demostrar la falsedad de la hipótesis espírita, basta y sobra demostrar que es falsa en su base, sin necesidad de ir siguiendo con el raciocinio el hilo interminable de errores y absurdos secundarios ó de consecuencia.

Elegiremos, pues, los más capitales y los que por la notoria monstruosidad con que se presentan al sentido comun que los juzga y al criterio que los analiza, son más á propósito para engendrar la conviccion en la generalidad.

Lo primero que nos ocurre desde luego es que el espiritismo, al presuponer que las almas ó espíritus toman un cuerpo ó encarnan sin más objeto que expiar culpas anteriores, perfeccionarse ó desempeñar alguna mision sobre los mundos, (1) asientan sin quererlo, y acaso sin pensar, que ese ser que llamamos hombre, al venir á la existencia no viene con un fin propio que nunca falta á ninguno de los seres criados,

(1) Allan Kardec. *Le Livre des esprits*. L. 2 C. II.

por inferior que sea el puesto que ocupa en la escala gerárquica de la creacion: que carecen de destino propio, siendo una monstruosa excepcion que no puede cohonestarse con la infinita sabiduría de la primera causa.

La más insignificante de las criaturas, sea cual fuere el reino á que pertenece, ya al mineral, al vegetal ó al animal, ha sido creada y formada para algun fin, es una rueda de la gran máquina del universo; rueda que aislada nos parecerá de poca ó ninguna influencia en el movimiento del conjunto, pero que se relaciona estrechamente con el órden general; y esto aunque la relacion en que está con él no sea desconocida.

Si hubiera un solo sér que existiera sin fin ni destino propios, seria el argumento más poderoso contra la perfeccion sin límites del Hacedor Supremo, porque ese sér habria sido creado sin designio, lo cual no cabe en la suma bondad que hizo buenas todas las cosas, ni en la infinita sabiduría que ordenó el número, el peso y la medida de cada una de ellas.

Los reptiles más inmundos y los insectos más despreciables, si se les estudia sin preocupacion á la luz de la ciencia, no son una excepcion, pues se logra sorprender en su estructura orgánica, en su posicion en el mundo y en sus hábitos y cos-

tumbres, un objeto más ó ménos alto, pero perfectamente encadenado al objeto de los seres que inmediatamente les siguen, los cuales á su vez lo están al de otras criaturas superiores, hasta llegar por sendas secretas y misteriosas al sér de cuyo poder han recibido todos la existencia, y de cuya voluntad tienen que obedecer los mandamientos augustos,

Negar este órden es afirmar el ateismo. Por lo tanto, si el hombre es un sér, debe tener un fin y un destino propios; y la hipótesis que se los negase, seria una hipótesis absurda y sobre absurda, atea.

Ahora bien; ya indicamos que el espiritismo niega al hombre este destino y aquel fin; en consecuencia, por más que nos hable de moral y de religion, por más que en su *credo* reconozca formalmente la existencia de Dios y la necesidad, no de un culto, sino de tantos cuantos puedan imaginarse é inventarse, no hay que creerle. A imitacion del ladron que nos habla de respeto á la propiedad, y á ejemplo del asesino que se deshace en alabanzas acerca de cuán sagrada é inviolable es la vida de los hombres, desmiente con el hecho lo que erige en dogma con sus palabras.

En efecto, para el espiritismo, el alma ó espíritu es el todo, y el cuerpo es algo todavía; mas por una inconsecuencia injustificable, el hombre, es decir, el compuesto que resulta de la union del alma con el cuerpo, es nada.

El alma tiene para el espiritismo su fin, que es el goce de una perdurable felicidad, y el cuerpo tiene su destino, que es el de purificar el alma sobre la tierra y prepararla por medio de los trabajos y los dolores, al eterno descanso y á los placeres eternos. Pero el hombre, que es sin duda más perfecto que el espíritu separado del cuerpo, y mucho más que el cuerpo separado del alma, no pide, sin embargo, siquiera despues de mil penalidades y fatigas, gozar de la ventura prometida al alma, que le es interior, ni ser en el plan general del gobierno de la Providencia, al ménos de tanta utilidad como el cuerpo, sobre el que domina con un imperio absoluto.

Porque no se puede dudar que siempre el todo es superior á las partes, y el compuesto más perfecto que los elementos que le componen, y más aún si aquellas y éstos no sufren con la union, como acontece con el alma que es incorruptible, y con el cuerpo que recibe la vida del alma. Nada pierden las partes al unirse, nada

los elementos al combinarse; por lo mismo conservan las perfecciones que separados tenían y adquieren las que pueden venirles de la union, seguros que alguna les ha de venir, pues nada hace Dios sin designio.

Pero los espiritistas asientan, que, si bien el cuerpo gana con la union de alma, el alma pierde mucho de su perfeccion natural al unirse con el cuerpo, sin que por esto dejen de defender, como se ha visto, que el alma se encarna y reencarna precisamente para perfeccionarse. No es cierto que el espíritu pierda una sola de sus perfecciones, uniéndose á la materia, ni menos si esa union se verifica por disposicion de Dios, lo que no se niega, pues Dios no puede permitir que el sér inferior se perfeccione con detrimento del que le es superior en naturaleza. Semejante permision importaria á la larga la destruccion de su obra y argüiria impotencia ó falta de sabiduría.

Además, es un hecho notorio que tanto el cuerpo como el alma se perfeccionan con la union, pues aquella llega al conocimiento de la verdad, en lo que consiste su mayor perfeccion, procediendo de lo singular á lo universal, de lo visible á lo invisible, de lo concreto á lo abstracto; y lo singular, lo visible y lo concreto no se

ponen bajo su jurisdiccion, sino mediante los sentidos, que son partes integrantes del cuerpo. El alma del ciego no tiene idea de los colores, ni la del sordo, de los sonidos, ni la del de paladar enfermo, de los sabores.

En general, el alma no sentiria sin el cuerpo; y si despues de que ha vivido con él, entiende y conoce, es por las imágenes ó especies que conserva separada; imágenes y especies que se le han comunicado por los órganos de los sentidos. El alma, pues, conoce la verdad, se perfecciona, porque ha estado unida con el cuerpo.

Tambien es un hecho, como lo anunciamos, de toda notoriedad, que el cuerpo recibe las perfecciones del alma; no hay mas que observar que recibe la vida; y que la vida es la fuente de sus movimientos y operaciones, que cesan en el instante en que la muerte rompe el vínculo de union de la materia con el espíritu.

¿Cuál es, en epinion de los espiritistas, el fin del hombre? ¿Perfeccionarse? Pero este es el fin de su parte principal, y ademas, ¿cómo su fin es perfeccionarse, si somos testigos de que al cabo de una existencia más ó menos breve, el hombre deja de ser, se aniquila, y por lo mismo lejos de haber alcanzado la perfeccion mayor, pierde la que le comunicaban el ser y la

union hipostáticas de sus elementos? Téngase presente que hablamos del hombre tal cual le suponen los espiritistas, que le niegan la inmortalidad, atributo que reservan únicamente para el espíritu.

Dado que en la transitoria vida que se le concede adquiriese alguna perfección, no sería en verdad la que en fuerza de su naturaleza le corresponde, porque siendo superior, como todo, á las partes que le constituyen, su fin debería ser más elevado que el del alma y que el del cuerpo; en consecuencia, derechos mejores que aquella en su aislamiento, tendría á una vida de perdurable perpetuidad. Esto dice la razón, esto enseña el dogma católico, precisamente lo contrario de lo que dice y enseña el espiritismo.

El hombre es el término de la creación. Veámosle si no dominando la naturaleza, haciéndola servir á sus gustos é inclinaciones; veámosle dominarse á sí mismo y muchas veces dominar á sus semejantes, por la fuerza, y por el genio, ó por el talento, ó por la virtud. Su ascendiente es irresistible.

El hombre es el eslabón que unió los dos mundos; su naturaleza mixta, permítasenos la expresión, revela muy claramente cuáles fueron los designios de Dios al formar su cuerpo de la

tierra y al infundirle el misterioso soplo de la vida. Puede decirse con Santo Tomás que todas las criaturas del universo se encuentran en cierto modo en él. [1] Lo claro y evidente de esta verdad hizo pronunciar á la filosofía pitagórica esta bella y sublime frase: *el hombre es un pequeño mundo en el grande mundo*, que después una filosofía más elevada ha convertido en esta otra, que la aventaja en belleza y sublimidad: *el hombre es otro mundo, grande en el pequeño: alterum quemdam mundum: in parvo, magnum.* (2)

Los destinos, pues, de tan poderosa criatura deben ser más altos que los de todas las que llenan el universo; y sin embargo, el espiritismo le mata cuando apenas empieza á vivir y le cierra las puertas de la felicidad á que constantemente se siente arrebatado. Repetimos que hablamos del hombre, y no del alma ni del cuerpo separados, que no constituyen solos el hombre.

No se niega que el hombre fué criado como lo fueron todas las cosas. Pero el espiritismo, sin negar este hecho, lo explica diciendo, que primeramente fué criada el alma, la cual, habiéndose

(1) *Summa Theológica. P. 1^a Q. XCI. Art. 1^o*

(2) *San Gregorio Nazianceno,*

dose sustraído á la obediencia de la ley, se hizo acreedora á un castigo; y entónces fué hecho el cuerpo, con el fin de encerrarla en él, para que expiase con el sufrimiento la culpa cometida.

Semejante explicacion es absurda y establece una excepcion que no se justifica. "Dios vió que todas las cosas que habia hecho eran buenas," se lee en el Génesis. Y aun cuando nos faltara este oráculo divino, la razon nos persuadiria lo mismo, pues un Dios bueno no puede crear ni hacer cosas que no sean buenas. Dios ha creado los seres espirituales y los materiales para comunicarles su bondad soberana, y no para castigar el pecado, que fué posterior á la creacion. Era necesario suponer, por otra parte, que tenia necesidad de una nueva criatura para que pudiera ponerse en ejercicio el atributo de su justicia; y suponer tambien que no habia logrado su objeto, una vez que, prescindiendo de los verdaderos felices que practican la virtud y no son pocos en la tierra, ¡tantos otros no se juzgan tales á pesar de las cadenas con que se les ve ligados! ¿Qué género de castigo seria este que engrie y contenta tanto á quienes le sufren? Suponed ambas cosas ó una sola, pero no habéis en seguida de Dios, que no se concibe sino omnipotente en grado infinito y sábio é infa-

lible en todos sus designos en el grado más alto de sabiduría y de infalibilidad.

Y no digais, para romper el círculo de hierro que tan fuertemente os oprime, que el hombre es el alma, porque de Scyla ireis á parar á Caribdis.

El hombre es el ser que piensa, vive y siente; y el alma sola no siente, porque la vida del sentimiento depende de la organizacion, no puede nacer ni desarrollarse sin el auxilio de los sentidos.

El hombre es, pues, un ser, el primero de todos los seres criados que llenan el universo, superior al alma ó espíritu que le anima, y al cuerpo que le comunica con el mundo exterior, porque siempre el todo es superior á las partes, pues las comprende, y sobre comprenderlas la union le da la personalidad que ni la una ni el otro tienen separados.

El espiritismo, que á un ser que ocupa tan elevado puesto le niega un fin proporcional, niega en realidad al hombre, y niega tambien á Dios que nada cria sin designio ni sin destino; y la doctrina que descansa en semejantes negaciones, no puede ménos que ser falsa y absurda.